

BEATO FRANCISCO PALAU, OCD (7 de noviembre).

Que la caridad, junto con la devoción a María y el amor a la Iglesia, elementos característicos de la espiritualidad de este ilustre carmelita, sea la virtud que anime y consolide vuestra unión con Dios. Pues como decía el Padre Francisco: "La caridad ha sido sembrada en el jardín de nuestra alma el día de nuestro bautismo".

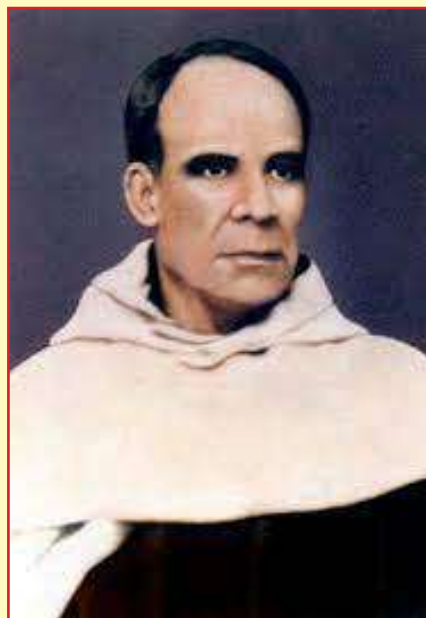
S.S. Juan Pablo III en su beatificación (24-4-1988)

NOTAS BIOGRÁFICAS

Francisco Palau es el primer carmelita descalzo español beatificado después de san Juan de la Cruz. Nació en Aitona (Lérida) el 29 de diciembre de 1811. Séptimo de una familia numerosa de nueve hijos, fue educado en su niñez en un ambiente rural, de profunda piedad y religiosidad popular en que la devoción a la Virgen María ocupaba un lugar privilegiado. Destacó pronto en los estudios y fue su hermana Rosa quien le protegió y ayudó, llevándolo consigo a la capital de Baix Segre para que pudiera ampliarlos y completar su educación. En 1828 ingresó en el seminario diocesano de Lérida con beca porcionista. Lo abandonó en junio de 1832 tras haber cursado tres años de filosofía y uno de teología. Su intención quedó explícita en el acta de renuncia a la beca: «Hacerse carmelita». En octubre de ese año pasó del convento de Lérida al noviciado de los carmelitas descalzos en Barcelona. La Revolución de julio de 1835, que se inició con el trágico período de la «exclaustración», acabó con la vida conventual del joven Francisco, que fue ordenado sacerdote en Barbastro el 2 de abril de 1836 por el obispo Santiago Fort i Puig.

Vida de intensa oración, soledad y predicación en unidad armónica, dirección espiritual y desprendimiento de todo tipo de beneficio, incluso de origen ministerial, fueron características de Palau en esos primeros años de «misionero apostólico» en una España dividida y ensangrentada por la guerra entre liberales y carlistas, que fue vivida por la mayor parte del sector eclesiástico, estimulado por el mismo papa Gregorio XVI, como cruzada religiosa. El lugar conocido hoy como «Cueva del padre Palau», a 2 km de Aitona, verdadero santuario de plegaria y silencio, es escenario viviente de las noches pasadas en oración a Dios Padre en favor de la Iglesia.

Tras la derrota carlista, en julio de 1840, Palau pasó a Francia con su hermano menor Juan. La fama de santidad del «ermitaño» español voló rápidamente por los contornos de los lugares que habitó en las diócesis de Perpiñán y Montauban. También queda así perenne su recuerdo en otras de las cuevas que habitara cerca del castillo de Montdesir, en Saint-Pierre de Livron. Grupos de mujeres y de hombres pretendieron imitar y seguir



su estilo de vida. Pero la admiración que despertaba entre el pueblo llano y la nobleza francesa, fue acompañada de persecución y escándalo por parte de algún sacerdote, que denunció el estilo de vida de Palau al recién nombrado obispo de Montauban, Mons. Doney. Al final, se vio obligado a abandonar el suelo francés, regresando a España en abril de 1851 e incardinándose en la diócesis de Barcelona.

Tuvo lugar una amplia acogida por parte del prelado Costa i Borrás, que instó a Palau a que desistiera de su propósito de establecerse como ermitaño en El Montsant (ermita de San Bartomeu) y se incorporara al plan pastoral diocesano. Obedeció a su obispo, tras un mes de retiro en el que elaboró la regla de vida para los grupos que dirigía, establecidos en las diócesis de Lérida y Urgel. Director espiritual de los ordenandos en el seminario diocesano de Barcelona; inspirador de nuevos métodos en la pastoral con protagonismo para los jóvenes; fundador y director de la Escuela de la Virtud, primera catequesis de adultos en la capital del principado; publicista y colaborador en la prensa católica (diarios El Áncora y Diario de Barcelona). Esta iniciativa en la parroquia de San Agustín, en plenas ramblas barcelonesas, colmó las expectativas del gobierno liberal del tiempo. Se tomaron medidas militares y civiles. Se acusó a la Escuela de la Virtud de promover la huelga obrera de 1854, y sus responsables directos, Palau y Costa i Borrás, fueron desterrados a Ibiza y Cartagena respectivamente.

Buscó la más estricta soledad y renovó la búsqueda del querer de Dios en la oración y el silencio. El islote de El Vedrá, en pleno Mediterráneo, se convirtió en el Sinaí de Francisco Palau. En el duro peñasco quedaron grabadas sus palabras: «Solo a solas con Dios». Seis años de destierro. De nuevo la soledad. Breves salidas para predicar, el ideal de sus jóvenes años de carmelita. Es el carisma palautino, fuente de una «espiritualidad eclesial», lo que originó y alimentó su santidad con iniciativas misioneras: fundador de congregaciones religiosas (Hermanos y Hermanas Carmelitas), exorcista, misionero popular, fundador y director de un periódico-semanario, El Ermitaño, y un álbum o tratado de eclesiología para el cristiano, La Iglesia de Dios, etc. La producción literaria de Francisco Palau es abundante y responde a exigencias e iniciativas pastorales y de dirección espiritual, excepción hecha de su «diario íntimo».

Murió en Tarragona, el 20 de marzo de 1872, en cuyo arzobispado había presentado un mes antes el texto de las *Constituciones*, que debían dar estabilidad y forma a los Terciarios/as Carmelitas por él fundados en 1860 y 1861 respectivamente. En Tarragona, en la casa madre de las Carmelitas Misioneras Teresianas, se veneran sus restos mortales en una capilla visitada por los devotos del beato Palau y custodiada por sus hijas espirituales. (Amplio extracto del *Texto de J.Pastor*)